

la fe y creer sin vacilar lo que se ha dignado revelarnos el que es la Verdad por esencia, y que no puede engañarse ni engañarnos.

La fe es una, nos dice S. Pablo (1). La fe no se divide, no se parte, quien no la tiene íntegra no tiene verdadera fe. Os advierto esto, amados hermanos é hijos nuestros en Jesucristo, para que nadie os seduzca diciéndoos que en las sectas llamadas cristianas se profesa la verdadera fe. Esta celestial virtud no consiste precisamente en creer mayor ó menor número de verdades, sea cual fuere el motivo porque se creen; quien no asiente á ellas porque las ha revelado Dios que no puede engañarse ni engañarnos, no tiene esa fe sobrenatural y divina que se necesita para salvarse. Bien puede ser que el hereje (hablo del que voluntaria y pertinazmente niega un dogma) crea mas ó menos verdades reveladas, pero ciertamente no las cree porque Dios las haya dicho: si este fuese el motivo de su fe, las creería todas sin escepcion, porque el que es por esencia la Verdad eterna ni una sola vez puede asegurar lo falso. Por esa razón decimos que el hereje acerca de un artículo, no tiene fe de los demas (2). Tan incompatible es la fe con la herejía, como la esperanza con la desesperacion, como la caridad con el odio de Dios ó del prójimo: y así como para perder la gracia justificante basta un solo pecado mortal, aunque se cumplan todos los demas preceptos; así tambien para perder la fe, basta negar voluntaria y pertinazmente una sola de las verdades que nos dice Dios y la Iglesia nos propone, aunque se confiesen todas las otras. Os lo repetimos, hermanos é hijos nuestros, la fe es una, es indivisible: para tener esta virtud divina, no basta creer una ó muchas verdades por cualquier motivo: tambien los demonios creen (3), y sin embargo no la tienen. Si pues alguno os dijere que la hay en los herejes, no lo creais: si os quisieré persuadir que son cristianos, contestadle con el catecismo que aprendistéis desde vuestra tierna edad, que cristiano es el que tiene la fe de Cristo que profesó en su santo Bautismo, y que mal puede gloriarse de tener esa fe el que no la tiene toda entera, el que no cree la santa Iglesia Católica que confesamos en el Credo

(1) Ad Ephes. 4. 6.—(2) D. Thom. 2. 2. q. 5. a. 3.—(3) Jacob. 2. 19.

ó Símbolo de la fe: si os dijere que es verdadero cristianismo el de aquellos que por una parte elogian á Jesucristo, y por otra presentan su religion como una doctrina humana y meramente filosófica, respondedle que no es cristiano el que no está en la Iglesia de Cristo; que no es cristiano el que no está con el Principe de los Apóstoles: Tú era Cristo, el Hijo de Dios vivo (1).

No hay Iglesia sin ministros, así como no hay sociedad civil sin gobernantes. Jesucristo al establecerla se los dió: si hermanos é hijos nuestros, dió á Pedro las llaves del reino de los cielos (2), le mandó que confirmase á sus hermanos (3), que apacentase sus ovejas y corderos (4): dió á su Iglesia pastores y doctores... para que no seamos ya inconstantes dejándonos arrastrar de todo viento de doctrina por la malignidad de hombres engañadores que con astucia nos lleven al error: (5) El Espíritu Santo ha puesto á los Obispos para gobernar la Iglesia de Dios (6) Bien sabe el enemigo comun de nuestras almas que herido el pastor se descurriará tras las ovejas del rebaño (7): por esa razón acosa sus tiros contra el sacerdocio, contra los ministros del Señor, contra los que os instruyen y dirigen por el camino de la salvacion: os los pinta con los colores mas horribles, fin de inspiraros el aborrecimiento y el desprecio. Estad alerta, hijos míos, no os dejéis engañar de quien solo trata de perderos, hacer que desaparezca la Iglesia, que puede existir sin sacerdotes que ofrezcan por vosotros el augusto sacrificio, que os administran los santos sacramentos, que os enseñan la ley santa del Señor, que os instruyan y dirijan por el camino de la salvacion. Conoced todas las astucias del enemigo comun: conoced al lobo que se os presenta con el aspecto de oveja, y la experiencia de lo que ha logrado y esta logrando en otras partes, os ha de enseñar lo que intenta con vosotros.

Al decir esto, no creais que vuestro Obispo pretende mezclarse en negocios que no son de su inspeccion, á un prelado no le entran en cuestiones políticas: nuestro augusto ministerio y aun nuestros sentimientos particulares nos alejan de ese terreno, nunca

(1) Math. 16. 16.—(2) Math. 16. 19.—(3) Luc. 22. 32.—(4) Joan. 21.—(5) Ad Eph. 4. 11 y 14.—(6) Actos. 20.—(7) Math. 26. 31.

nos limitaremos siempre á predicar la doctrina de Jesucristo, y defender su Iglesia santa, levantaremos la voz para combatir las malas doctrinas, y conservar ileso el sagrado depósito que se nos ha encomendado: este es el deber del Obispo, deber muy estrecho y de cuyo cumplimiento se nos ha de tomar cuenta en el tribunal divino. No temo en aquella hora decir: ¡Ay de mí por que callé! (1) porque no reprendí con toda libertad, porque por mi criminal silencio se perdieron las almas que estaban puestas á mi cuidado, porque no las instruí cuando era necesario.

Antes de concluir esta carta pastoral, nos es indispensable recordaros la obligacion de amar á todos nuestros prójimos sin escepcion de uno solo; si, hermanos é hijos nuestros en Jesucristo, no debéis exceptuar á los infelices que han tenido la desgracia de estraviarse; léjos de eso, la ceguera lastimosa á que su miseria los tiene reducidos, debe escitaros á compasion, y acordándoos que sus almas son el precio de la sangre de Jesucristo, no ceséis de rogar por ellos al Padre de las Luces, á fin de que se dignen iluminarlos y traerlos al camino de la verdad.

El divino Salvador nos dice: Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, rogad por los que os persiguen y calumnian: (2) el mismo nos dió el ejemplo, en esos momentos de espirar, en medio de tormentos y dolores inauditos, al tiempo que insultaban y blasfemaban sus crueles enemigos, rogaba por ellos á su Padre celestial que les perdonase. ¿Y por qué no harémos nosotros otro tanto? ¿no lo hizo S. Estévan cuando los que le daban la muerte? ¿no deseaba S. Pablo ser anatema por sus hermanos que le perseguian? No sea otra vuestra conducta en la presente ocasion, acordaos que no es este un consejo, sino un precepto del Señor, cuyo cumplimiento nadie puede escusarse.

Y vosotros, sacerdotes del Altísimo, vosotros que sois nuestros colaboradores en la gloria del Señor, no ceséis de inculcar á los fieles la sana doctrina é instruirlos contra los errores que se pretenden propagar: Jesucristo os ha llamado con el nombre de luz (3): obligación vuestra es alumbrar á los que es-

(1) Isai. 6. 3.—(2) Mat. 5. 44.—(3) Mat. 5. 14.

tán en tinieblas, ser doctores de los ignorantes, maestros de los pequeñuelos: y cuando mas que en esta vez en que con tanto descaño se combate nuestra santa religion? No se enciende la antorcha, dice el Salvador, para ponerla bajo del celemin, sino sobre el candelero para que alumbré á todos los que están en la casa (1). Os rogamos tambien, carísimos hermanos, que pidáis continuamente á Dios que se apiade de su pueblo y lo mire con ojos de misericordia: llorad entre el vestíbulo y el altar, sacerdotes, ministros del Señor, y decidle: Perdona, Señor, perdona á tu pueblo; y no dejes caer á tu heredad en el oprobio, exponiéndola á los insultos de las naciones (2).

Y para que llegue á noticia de nuestros muy amados diocesanos el contenido de esta carta, mandamos que el primer domingo despues de su recibo, sea leída inter Misarum solemnia en nuestra Santa Iglesia Catedral y en todas las Parroquias y demas Iglesias de la Diócesis.

Dado en Guadalajara á 29 de Setiembre de 1855.—Pedro, Obispo de Guadalajara.—Dr. Francisco Arias y Cárdenas, Prosecretario. (3)

PRIMERA CARTA

dirigida al Ilmo. Sr. Obispo de Guadalajara, Dr. D. Pedro Espinosa, con motivo de su quinta carta pastoral. (4)

Respetable Sr.—Hace algunos dias que, con motivo de los aniversarios nacionales de

(1) Ib. v. 15.—(2) Joel 2. 17.—(3) Esta carta Pastoral, la hemos copiado literalmente de un impreso suelto, que ha circulado en esta capital.—EE.

(4) Aunque en la carta "Pastoral" que antecede, no se vean espresamente nuestros nombres, sin embargo, á nosotros es á quien se ha querido herir, y ese subterfugio de la caridad de nuestro prelado, de nada ha servido; pues algunos otros pastores se han tomado el trabajo de interpretar en el pulpito el verdadero sentido de aquellas palabras vagas: ademas, las comunicaciones habidas entre el Ilmo. Sr. Obispo, y el Excmo. Sr. Gobernador, y que el publico conoce ya, no dejan duda acerca de las personas de quienes se trata; y por eso nos hemos apresurado á dar esta contestacion que sirva de vindicacion á nuestro nombre, y que traiga las cosas á su verdadero punto de vista, evitando equivocones que no podrian menos de producir funestos resultados. Nuestros lectores verán, por otra parte, la justificacion de la discordia que anunciamos en nuestra carta, en los escándalos cometidos la noche del día 8, y en los pasquines insultantes que constantemente han aparecido en las calles de la Ciudad: todo esto, lo repetimos, nos ha puesto la pluma en las manos: pues de otro modo, nunca creeriamos que se trataba de nosotros en la mencionada "Pastoral."—EE.



Setiembre, tuvimos ocasion de manifestar en público, sin rodeos y con la mayor claridad posible, nuestras ideas políticas, nuestras esperanzas y temores acerca del porvenir de la república; señalando, al mismo tiempo, las causas que, á nuestro entender, han sido hasta el presente, la rémora del progreso, en una patria que amamos sobre nuestro corazón. Al manifestar con tal lisura nuestras opiniones, conocimos muy bien á lo que nos ateniamos; supimos y sabemos que atacar de frente abusos inveterados, cometidos á la sombra de las cosas santas, es sumamente peligroso para el que se propone semejante tarea; porque la supersticion que sabe tan bien contrahacer el semblante y las palabras de la virtud verdadera, puede llegar á prevalecer en el ánimo de los incautos, que se doblegan ante la autoridad de una costumbre, sin examinar la base de su asenso, y sin saber distinguir las palabras de las cosas.

Peró al hacernos el eco de la clase honrada y pensadora, pesaron en nuestro ánimo mas que los temores de esa marcha azarosa, el convencimiento eficaz que obra sobre nuestra conciencia, de que callarse en los dias dolorosos del pueblo, es una cobardía infame, que solo se puede abrigar en esas almas corrompidas que anteponen á todo, su interés personal; que ver impacibles la agonia lenta y trabajosa de una nacion desgraciada, es indigno de hombres que tienen si quiera una vida que sacrificar; y en suma, que es criminal el ver á la patria correr al abismo de su destruccion, sin alzar la voz para advertirle el negro porvenir que le espera, si no hace un esfuerzo sobre sí misma y arroja de una vez la gangrena vergonzosa que la carcome.

Todas estas consideraciones tuvimos presentes para obrar de la manera que obramos; y lo decimos con franqueza, no nos arrepentimos. El pueblo recibió con entusiasmo nuestras palabras; y esos aplausos espontáneos, si bien halagaron nuestro amor propio, vimos en ellos el triunfo de la santa causa que defendemos, y apreciamos en su verdadero valor, el conocimiento neto de sus derechos, en un pueblo que se le ha querido tratar como bestia de carga.

Empero, en medio de tales manifestaciones de júbilo, nunca nos hicimos la ilusion

de creernos al abrigo de falsas interpretaciones: habiamos herido intereses, y los hombres que los representan tenian necesidad de saltar á la arena para defenderse; porque las inculpaciones eran graves, y callar, seria una confesion tácita de los crímenes que se les imputan: conocemos muy bien todas las armas de nuestros enemigos, y el resultado nos hizo ver la exactitud de nuestra prevision.

En efecto, con la mas profunda amargura hemos visto el espectáculo, si no extraño, á lo ménos lastimoso, de un sacerdote respetable por su edad y por el puesto que ocupa, deshacerse en injurias, autorizarlas con su nombre y mandar que se repitan en todas las cátedras, consagradas exclusivamente á la predicacion de la palabra de Dios: vimos que bajo la máscara de una piedad evangélica, se deslizan palabras altamente subversivas y calumniosas; porque no solo atacan la conducta en general de los republicanos, sino nuestro honor y nuestra reputacion; vimos, por último, que, desvirtuando con malicia la cuestion puramente política, se la quiere llevar al terreno religioso, para sorprender á los tímidos y hacer caer sobre nuestra frente, un borron infamante que estamos muy lejos de merecer.

Callar en semejantes circunstancias, seria una vileza de nuestra parte; porque cuando un hombre de bien se ve calumniado, está en la obligacion de defenderse, sea cual fuere la boca que pronuncia la injuria, sea cual fuere la mano que la escribe. Por esta razon dirigimos á S. S. Illma. esta carta, que desde luego le suplicamos lea sin prevención; y en la que, si bien hallará á veces verdades un poco duras, no tendrá que echarnos en cara ni una sola palabra irrespetuosa; porque sabemos cuáles son los deberes de un caballero, y estamos persuadidos de que el insulto no justifica al insulto.

Desde la primer página de la carta pastoral, vemos una retahíla de palabras ofensivas que nunca creeríamos que un Obispo se atreviera á estampar, si una esperiencia bien merecida no nos diera repetidos ejemplos de esa conducta indigna de una persona que ocupa un elevado puesto; que debía dar el ejemplo con la verdad y mesura en lo que asienta. Allí vemos, en efecto, hablar del desbordamiento

de las pasiones, de la corrupcion de las costumbres, de los insultos de algunos á la Santa Religion de nuestros padres... levantando voces en sus orgías tenebrosas; y todas esas frases, que tan lejos están de la exactitud, ¿á qué conducen? ¿cuál es el objeto que se proponen? "A instruir á los fieles que nos han sido encomendados, en las santas verdades que los impíos y libertinos desprecian y pretenden oscurecer, abusando de la libertad que se les concede y desacreditando ellos mismos el actual orden de cosas."

Comparemos ahora ese encono mal encubierto con la doctrina del Evangelio: véamos qué tiene de comun esa diatriba con las palabras del Salvador: "Mas yo os digo, que todo aquel que se enoja con su hermano, obligado será á juicio. Y quien dijere á su hermano raca (1), obligado está á concilio. Y quien dijere insensato, quedará obligado á la gehenna del fuego (2)." Véamos qué bien sigue nuestro pastor el consejo del apóstol, que dice: "No demos á nadie ocasion de escándalo, porque no sea vituperado nuestro ministerio: antes, en todas cosas nos mostremos como ministros de Dios en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias... en pureza, en ciencia, en longanimidad, en mansedumbre, en Espíritu Santo, en caridad, en fingida, en palabra de verdad, en virtud de Dios etc. (3)"

Peró no solo el enojo y el dictorio es lo vituperable en este caso; sino lo que es mas, la inexactitud: se ha dicho corrupcion de costumbres; peró no se ha dicho en dónde está esa corrupcion: existe, si, existe la corrupcion de costumbres; porque corrupcion es convertir en mercado la casa del Señor; porque corrupcion es predicar con palabras capciosas la discordia y la rebelion; porque, en fin, corrupcion es todo lo que contraria este santo precepto: "Honrad á todos: amad la hermandad: temed á Dios: dad honra al rey (4)." (Entiéndase la autoridad civil.) Peró no es esta ciertamente la corrupcion de que se nos habla; sino la de señalar el abuso, la de indicar las causas de nuestro malestar social; la de no doblegarnos ante una autoridad que

no sabe mantenerse dentro de los límites de sus atribuciones.

S. S. Illma. habrá visto que insistimos sobre este particular, porque no podemos pasar adelante sin habernos antes defendido de reproches tan gratuitos; somos jóvenes y apreciamos demasiado nuestra reputacion, para no consentir que nadie arroje sobre ella un borron que podria sernos de fatales consecuencias. Se nos ha llamado corrompidos, impíos, libertinos; se ha hablado de orgías tenebrosas, etc.; pues bien, todo eso es una falsedad: nosotros no somos de los hombres que se encierran en conciliabulos secretos, en orgías tenebrosas, para emitir nuestras ideas; nosotros somos unos hombres libres, que no reconocen mas autoridad que la de la razon y la justicia; nosotros no gustamos de las tinieblas, porque no tenemos nada que ocultar; nosotros hemos hablado en público, porque no tenemos nada de que avergonzarnos; y estamos dispuestos á repetirlo en las plazas y sobre los techos, porque tenemos conciencia y nada es capaz de separarnos de la línea de nuestro deber.

En cuanto á esa impiedad, ese libertinage que se nos achaca, S. S. Illma. nos permitira decirle que está muy mal informado respecto de nuestras personas; y que en este punto, lo mismo que en todo lo que antecede, procedió muy de ligero. Sin adulation ninguna decimos, que tenemos una idea bastante ventajosa de la bondad de carácter de nuestro prelado, y creemos que el paso que ha dado, no ha sido mas que el efecto de ciertas influencias, que muy bien sabemos y señalaremos á su tiempo: lo único vituperable en tal caso, es la ligereza con que ha procedido; peró esto, lo único que prueba es, que un Obispo no es mas que un hombre; sujeto por lo mismo, en calidad de tal, á los mismos errores que los lemas.

Peró dirémos al miserable que ha tenido la osadía de abusar del candor de S. S. Illma. poniendo en ridículo su dignidad; que nosotros que no tenemos simpatia ninguna por las orgías tenebrosas, lo desafiámos á que esculdirne nuestra vida privada, y nos cite á la faz del mundo entero un solo hecho que justifique la verdad de esa impiedad, de ese libertinage que se nos imputa. Cuando se dice un insulto de esa naturaleza, es porque se

(1) Como si dijéramos impio. LIBERTINO. CORROMPIDO.
(2) Mart V. 22.—(3) II Corinth. VI 3. 4. 6. 7.—(4) I Petr. II. 17.



tiene algun fundamento para decirlo; pues bien, ese es el fundamento que queremos; porque de lo contrario, lo tomamos como... no queremos decir la palabra por temor de ofender á S. S. Ilma.

Por otra parte, el impio, segun lo indica la misma palabra, es el hombre falto de piedad, falto de religion; el libertino es el que se deja arrastrar por el desenfreno de las pasiones, por la prostitucion; y ambas cosas creemos muy difícil que se nos apliquen y se nos prueben. Que se nos señale un solo pasaje de lo que hemos escrito ó hablado que ataque directa ó indirectamente á la Santa Religion de nuestros padres; que se nos diga cuál es la palabra mal sonante que denota á un libertino; cuál es el concepto que ofenda en lo mas mínimo los oídos de una persona honesta. La Religion que profesamos cuenta en nosotros con unos hijos fieles, que se alegran infinito de tener esta ocasion para dar un público testimonio de su creencia; jamas hemos mancillado la luz de la fe comunicada á nuestras almas en las aguas del bautismo, y viendo siempre en el Evangelio la palabra de Dios escrita, él es nuestro código; y ni el temor, ni la amenaza, ni el respeto humano, nos harán vacilar en la aplicacion de los preceptos de nuestro Maestro.

Si no seguimos las huellas del incrédulo, tampoco le aborrecemos; porque en todos los hombres, sean cuales fueren su nacion y su raza. Creemos que S. S. Ilma., estará de acuerdo con nosotros en todo lo que dejamos sentado; porque todo ello no es mas que la doctrina evangélica, que somos los primeros en respetar como cumple á todo buen cristiano; y verá con satisfaccion que esas ovejas que juzgaba descarriadas, no se han separado un punto del camino del Pastor, y no se hacen reacias al llamamiento de su voz paternal. Por lo demas, agradecemos como se merece, esa invitacion ó súplica para que todos los fieles de la diócesis, eleven por nosotros sus oraciones al cielo, pues la oracion nunca está demas; aunque por ahora pareciera que falta la razon que la motivó. Suplicamos, ademá, á S. S. Ilma., que otra vez dignen tomarse el trabajo de examinar en persona los asuntos que nos conciernen; porque de lo contrario, se expondrá á cometer una equivocacion como la presente; lo que es sumamente perjudicial á la dignidad de un

sorban la riqueza del pais; amontonen tesoros sobre tesoros, dejando al pobre pueblo en la miseria, en el embrutecimiento, en la prostitucion. Veneramos á los discípulos de Jesucristo que, penetrados de la santidad de su ministerio, dan al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios; que observando las máximas de la moral cristiana, aborrecen el fausto mundano, no se inflan con oropeles, ni se convierten en aduladores de los despotas; no gustan del lujo que corrompe; ni de la pompa que escarnece los harapos del pueblo; cosas diametralmente opuestas con la abnegacion evangélica, con la moral cristiana; pero no dejaremos de clamar en contra de esa vanidad que chupa la sangre del inocente, aunque esté cubierta con una sotana, aunque lance el anatema en nombre del mismo Dios que insulta.

Creemos que estas esplicaciones dejarán satisfecho á S. S. Ilma. y tranquilizarán su conciencia justamente alarmada, con las exageraciones de los aduladores que nunca dejan de rodear á la autoridad; porque lo repetimos, estamos seguros de que sus muchas ocupaciones no le habrán permitido informarse por sí mismo de lo que realmente pasa; y ha necesitado valerse de segundas manos, las que, á la verdad, no deben ser muy puras, puesto que presentan los hechos bajo una luz que completamente los desnaturaliza. Creemos que S. S. Ilma., estará de acuerdo con nosotros en todo lo que dejamos sentado; porque todo ello no es mas que la doctrina evangélica, que somos los primeros en respetar como cumple á todo buen cristiano; y verá con satisfaccion que esas ovejas que juzgaba descarriadas, no se han separado un punto del camino del Pastor, y no se hacen reacias al llamamiento de su voz paternal. Por lo demas, agradecemos como se merece, esa invitacion ó súplica para que todos los fieles de la diócesis, eleven por nosotros sus oraciones al cielo, pues la oracion nunca está demas; aunque por ahora pareciera que falta la razon que la motivó. Suplicamos, ademá, á S. S. Ilma., que otra vez dignen tomarse el trabajo de examinar en persona los asuntos que nos conciernen; porque de lo contrario, se expondrá á cometer una equivocacion como la presente; lo que es sumamente perjudicial á la dignidad de un

Obispo, pues dará lugar á creer á las gentes superficiales que, desgraciadamente abundan, de que todo un prelado mancilla su decoro con especies que tan lejos están de la decencia como de la verdad.

No parece, en efecto, á S. S. Ilma. un malísimo recurso el complicar con una cuestion únicamente política, otra cuestion religiosa, traída por los cabellos con el objeto de paliar los intereses bastardos de un partido? No es altamente deshonoroso identificar con la persona de los malos sacerdotes, la causa santa de la religion, manchar lo mas respetable, lo mas sagrado, con el fango inmundo de las pasiones de una fraccion indecente, que coloca detras de la cruz y el incensario, el puñal y el veneno? No es una arma gastada ya por el abuso que se ha hecho de ella, el anatema lanzado contra personas que no han cometido mas delito que predicar á voz en cuello la dignidad humana? Quién no se rie ahora de las excomuniones fulminadas contra Hidalgo, el padre de nuestra independencia? Quién es bastante desvergonzado para defender el donativo que hizo de la América al rey de España, el famosísimo Alejandro VI? Y quién piensa en honrar siquiera con su desprecio, la bula en que Leon XII exhortaba á los americanos á que volvieran bajo el suave yugo de Fernando VII? El abuso del nombre santo de la Religion, es el verdadero origen de la impiedad; y esta es una de las causas porque nos esforzamos en inculcar la idea de una reforma pronta y eficaz en lo eclesiástico; porque las ideas han llegado á un punto en que si no se les da una direccion, el desbordamiento de las pasiones producirá sangrientos desastres que tendrán por término preciso la ruina de la nacion, y en consecuencia, del clero mexicano.

No Voltaire, no Diderot (exclamaba á fines del siglo pasado un virtuoso sacerdote francés): vosotros, ministros ambiciosos y escandalosos, sacerdotes sin celo alguno, levitas cortesanos y monges relajados, vosotros sois los que dáis crédito á los sofismas del impio; vosotros los que alimentáis las dudas sobre la fe, y que en Francia habeis hecho millones de incrédulos. Nosotros les predicamos nuestros santos dogmas; pero veian nuestras obras y cesaban de creer. Les en-

señamos el cielo, pero veian vuestras batallas y el roce frecuente que teniais con los grandes, de lo que concluian que los dioses de la tierra, lo son de nuestra felicidad. Les imponiamos por ley el desprecio de las grandezas y de las riquezas perecederas: y veian vuestro fausto, vuestra ansia de poseer pingües beneficios, vuestra insaciable codicia, y vuestra constancia en acumularlos; de lo que inferian que podian, como vosotros, amontonar su oro y su plata, y que los verdaderos tesoros son los bienes de este mundo. Anunciabamos la penitencia y su necesidad; y veian vuestra mesa, vuestro lujo, vuestra molice, vuestros lacayos, vuestros caballos, vuestras carrosas, de lo que inferian que podian como vosotros buscar la abundancia, las superfluidades, eludir como vosotros, nuestros preceptos de abstinencia, de ayuno y de mortificación. Les enseñabamos la cruz, y es cierto que la veian en vuestro pecho, pero tambien el escándalo en vuestra frente, y de aquí concluian que la trátiais para burlaros de Jesucristo crucificado. Les deciamos: haecid lo que os dicen y no lo que hacen; y concluian de aquí que no creeis lo que decís, y que vuestro apostolado no era mas que una pura impostura. Aunque les enseñabamos entre vosotros sacerdotes que edifican, prelados virtuosos, obispos, en fin, dignos de los primeros tiempos del fervor cristiano; nos oponian la multitud. Algunas veces les estrechábamos, les moviamos; casi les convertiamos, pero pasabais vosotros en vuestras carrozas doradas, y de su boca volvia á salir la blasfemia con todos sus sarcasmos.

Aquí podríamos detenernos ampliamente en un paralelo quizás odioso; y por lo mismo hacemos simplemente una pregunta: ¿quién es el que deshonra la santa Religion de nuestros padres, el que quiere que los sucesores de los Apóstoles no se separen una línea de la senda que les trazó el Hijo del Hombre, el que ataca la hipocresia que mancha con su aliento impuro las gradas del Santuario, ó el que profana sacrilegamente el nombre de Dios, colocando bajo su manto un partido de maldita memoria, que no ha dejado sobre su tránsito mas que el robo, el asesinato, las lágrimas de la viuda y del huérfano? ¡Ah! desengañese S. S. Ilma. á pesar de la protesta que hace, y que crece-

no 28



mos sincera, de no querer mezclarse en asuntos de política; en esta vez no ha sido más que el instrumento de ese partido ciego y sanguinario que se llama *conservador*: él ha puesto la pluma en su mano para que sancione con su nombre esa producción sin sentido, sin lógica, sin franqueza como todas las que aborta: él y no otro ha querido autorizar con una persona tan respetable como la de S. S. Illma., esa fracción de malos ciudadanos, miembros podridos de la nación mexicana, y que tiemblan al solo nombre de libertad, porque, como las aves nocturnas, aborrecen la luz y les lastima la felicidad de sus hermanos.

No podemos ser más explícitos en nuestra profesión de fe: un respeto profundo á la Religión católica, apostólica, romana; una sumisión completa á los dogmas y la moral consignados en los libros santos, un asenso absoluto al comun sentir de la Iglesia; pero como natural consecuencia de esto, una guerra sin cuartel en cuanto lo permitan vuestras fuerzas, á la hipocresía farisaica que se coloca á la sombra del altar, para dirigir mejor sus tiros; al error que se esconda con la verdad y la religión para seducir á los incautos; á las pasiones corrompidas que profanan el ministerio santo del sacerdocio, convirtiéndole en un objeto de especulación, y traficando con la conciencia de los creyentes á quienes se afanan en hacer confundir los intereses de la tierra con los intereses del cielo; la verdad con la mentira; á Dios con el demonio.

S. S. Illma. es bastante sabio para que deje de conocer que los malos sacerdotes hacen más mal con su conducta viciosa, que todos los sofismas de los impíos. Los libros sagrados están llenos de maldiciones contra los sacerdotes que, olvidándose de la santidad de su ministerio, se ocupan solo de los asuntos temporales, y tuercen su autoridad que debían ejercer solo para gloria de Dios, en su provecho privado; desmintiendo ellos mismos á cada paso las sublimes máximas que predicaban. "A vosotros, Pontífices y sacerdotes del Señor (dice el Espíritu Santo por boca de Malaquías), se dirigen estas palabras: con vosotros habia hecho, como con mi tribu de elección, un pacto de salud; en mi presencia debiais caminar por la senda de la justicia; la ciencia de mis leyes debía descansar en

vuestros labios; el temor de mi nombre, el deseo de mi gloria, debía hallarse en vuestro corazón como en el de mi siervo Levi: como él, debiais vosotros santificar á mi pueblo, y apartarlo de la iniquidad. En lugar de observar este pacto de salud, le habéis anulado; lejos de hacer caminar á Israel por mis sendas, le habéis abandonado; para la mayor parte habéis sido un motivo de escándalo, y habéis violado mi alianza. No me preguntéis más, por qué se burla Israel de vuestras solemnidades, de vuestras bendiciones, de vuestras promesas; dejad de preguntarme, por qué os desprecia, por qué no hacen ya impresión vuestros preceptos, y por qué no tienen autoridad alguna. Yo soy el que he hecho vuestras solemnidades más despreciables que el lodo. Yo soy el que he maldiciendo vuestras bendiciones, y yo el que os he humillado delante de las naciones."

"La conjuración vino de los Profetas; (dice el Señor por Ezequiel), devoran las almas y se enriquecen de las prevaricaciones. Los sacerdotes de Sion han despreciado mis leyes, han manchado mi Santuario; no han distinguido lo sagrado de lo profano; su avaricia y su codicia solo han buscado en mis altares una ganancia sórdida, y han preferido el oro á la salvación de los pecadores. Hijo del hombre, profetiza de los Pastores de Israel: Infelices de los Pastores que solo piensan en ellos mismos! Vosotros coméis la sustancia del ganado y os vestís de su lana; vosotros dejáis que mis ovejas se dispercen, y no buscáis á las que se descarrian." "Vuestros oráculos se venden por el dinero, (dice el Señor por Micheas), ¿y aun os atrevéis á descansar en mí? Os habéis atrevido á decir: no está el Señor con nosotros? No le habéis arrojado lejos de vosotros y de vuestro pueblo? Y así no preguntéis, ¿por qué se reñirá?... Por esto y por causa de vosotros, abandonó yo á Sion. Sea desolada; derriben sus altares, y sobre este monte crezcan heces en las ruinas del templo."

De seguro que las palabras de Dios no pueden ser más terminantes ni más analógicas los Santos Profetas que escribieron los pasajes que anteceden, si vivieran en México en la época presente, no se expresarían en otros términos; pero también se lanzarían contra ellos cartas pastorales, excomuniones; se le

llamaria impíos, libertinos; se les achacarían *orgías tenebrosas*; y en último resultado, si se obstinaban en seguir *escandalizando* el rebaño; en ofender el *decoro* de los ministros, la *pureza* de las costumbres, la *santidad de la religión*, etc., etc., etc., no faltaria algun *devoto* que, arrastrado por *fervoroso celo*, les santiguara el pecho con un puñal, creyendo que hacia una obra *acepta* á los ojos de Dios, y sobre todo, á los de sus *ministros*.

Verdaderamente que duele el corazón al descubrir un fondo tan asqueroso de corrupción y de mala fe: se ha puesto el dedo en la llaga, se ha tocado la fibra más sensible, porque nada ama tanto el avaro como sus tesoros; en consecuencia, el monstruo herido se rebullirá y pondrá en juego todas las tenebrosas maquinaciones que acostumbra. Pero es ya tarde, Sr. Illmo., estamos en medio del siglo XIX en que el pensamiento se trasmite con la velocidad del rayo del uno al otro extremo de la tierra: millones de cabezas pensadoras se ocupan sin descanso del porvenir del mundo, y escarnerarán y harán añicos al embaucador que pretenda engañar al pueblo con intereses mal disfrazados, con la sombra de un poder que se ha escapado de sus manos para siempre (1). La República mexicana ha tocado una crisis extrema; por todas partes se ha levantado un grito unanime que pide con exigencia una reforma radical, un adelanto positivo: reciente está la época maldita de la dominación del sable y el hisopo; aun está fresca la sangre derramada por el puñal del despotismo teocrático-militar; y los nombres de Santa-Anna y Munguía, de Láres y Barajas, serán nombres de execración eterna para todo hombre honrado que comprenda siquiera el heroísmo de la virtud. Dispénsenos S. S. Illma. estos arranques

de justa indignación; pero cuando se trata de nuestro deber, lo repetimos, nada nos obligará á callar. Sabemos muy bien la responsabilidad que hemos contraído; la aceptamos, porque entre el bien del pueblo y el bien personal, entre su existencia y la nuestra, no vacilamos.

Concluimos esta carta, quizá demasiado larga, y suplicamos á S. S. Illma. se digne dispensarnos nuestro lenguaje franco seguramente; pero en el que, como dijimos al principio, no hallará una sola palabra irrespetuosa, porque en medio del acaloramiento que excita la defensa de la santa causa que abrazamos, sabemos contenernos dentro de los límites de la verdad, y no lanzamos á tientas una imprecación calumniosa. S. S. Illma. verá que nos hemos reducido á contestar los puntos que nos conciernen; pues en cuanto á las instrucciones doctrinales que contiene, la hemos leído con grande edificación y aprovechamiento de nuestras almas. Por lo demás, suplicamos á S. S. Illma., que se tranquilice, porque nadie trata, al menos que nosotros sepamos, de quitar la vida á nadie; pues ya pasó felizmente la administración del tigre y de la zorra; por lo mismo, el ofrecimiento espontáneo, laudable sin duda, que S. S. Illma. hace de su sangre, nos parece fuera de tiempo, y creemos que no llegará el caso en que se aumente el martirologio con un nombre más: esta abnegación sublime y edificante, casi nos ha hecho saltar las lágrimas de los ojos, y nos hace conocer toda la importancia de un Pastor que así se interesa por el bienestar de sus ovejas.

Dígnese S. S. Illma. mandarnos su bendición episcopal, y disponga con entera libertad de sus más obedientes servidores Q. S. M. B.

Guadalajara, Octubre 7 de 1855.—*Miguel Cruz-Aedo*.—*Epitacio J. de los Ríos*.—*Ignacio L. Vallarta*.—*José M. Vigil*.—*Urbano Gomez*.—*Jesus Leandro Camarena*.
Post scriptum.—Suplicamos encarecidamente á todos nuestros apreciables colegas, tengan la bondad de dar lugar en sus columnas, á la carta que precede; y aquellos periódicos que por su tamaño no puedan hacerlo, suplicamos igualmente, den de ella una noticia la más circunstanciada que puedan; por lo que les vivirán reconocidos.—L. R.

82-28

